

Amin Maalouf

La Roca de Tanios



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Le Rocher de Tanios*
Traducción de M.^a Concepción García-Lomas

Primera edición: 1993
Sexta edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Grasset & Fasquelle, 1993
© de la traducción: Herederos de María Concepción García-Lomas, 1993
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-803-5
Depósito legal: M. 5.606-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 [En el pueblo en que nací...]
- 19 Primer pasaje: La tentación de Lamia
- 53 Segundo pasaje: El verano de las langostas
- 85 Tercer pasaje: El destino en los labios del loco
- 119 Cuarto pasaje: La escuela del pastor inglés
- 155 Quinto pasaje: Cabeza de viejo
- 181 Sexto pasaje: Una extraña mediación
- 219 Séptimo pasaje: Naranjas en la escalera
- 261 Octavo pasaje: De rodillas por la gloria
- 307 Último pasaje: Culpable de piedad

- 343 Nota

*En memoria del hombre
de las alas rotas*

*¡Es un pueblo para el que se han levantado esos
Alleghanys y Líbanos de ensueño!...*

*¿Qué benévolos brazos, qué hora feliz me devol-
verán esa región de donde vienen mis sueños y mis
menores movimientos?*

ARTHUR RIMBAUD

Illuminations

En el pueblo en que nací, las rocas tienen un nombre: el Navío, la Cabeza del Oso, la Emboscada, el Muro, y también los Gemelos, llamados además los Senos del Vampiro. La más importante es la Piedra de los Soldados; desde allí se vigilaba antaño cuando la tropa perseguía a los insumisos. Ningún lugar es más venerado ni está más cargado de leyendas. Sin embargo, cuando vuelvo a ver en sueños el paisaje de mi infancia, es otra la roca que se me aparece. Tiene el aspecto de un asiento majestuoso, hundido y gastado en el lugar correspondiente a las nalgas y con un respaldo alto y recto que desciende a cada lado a modo de brazos, y es la única, creo, que tiene un nombre de hombre, la Roca de Tanios.

He contemplado durante mucho tiempo ese trono de piedra sin atreverme a abordarlo. No era miedo al peligro; en el pueblo, las rocas eran nuestro terreno de juego favorito, e incluso, siendo niño, solía desafiar a los que

eran mayores que yo a las escaladas más peligrosas; no teníamos más equipo que nuestras manos y nuestras piernas desnudas, pero nuestra piel sabía pegarse a la piel de la piedra y no había coloso que se nos resistiera.

No, no era el miedo a caerme lo que me detenía. Era una creencia, y era un juramento exigido por mi abuelo algunos meses antes de su muerte. «¡Cualquier roca, pero ésa jamás!» Los otros chiquillos permanecían, como yo, a distancia, con el mismo temor supersticioso. Ellos también habían tenido que prometer con la mano en el bozo y habían obtenido la misma explicación: «Se le apodaba Tanios-kisk. Fue a sentarse en esa roca. Nunca se le volvió a ver».

Habían evocado a menudo delante de mí a ese personaje, protagonista de tantas historietas pueblerinas, y siempre me había intrigado su nombre. Tanios, como yo bien sabía, era una de las numerosas variantes locales de Antonio, lo mismo que Antun, Antonios, Mtanios, Tanos o Tannus... Pero ¿por qué ese risible apodo de «kisk»? Eso no quiso revelármelo mi abuelo: sólo me dijo lo que consideraba que podía decir a un niño: «Tanios era el hijo de Lamia. Seguramente has oído hablar de ella. Sucedió en un pasado muy lejano, ni siquiera yo había nacido aún, y mi padre tampoco. En aquel tiempo, el pachá de Egipto guerreaba contra los otomanos y nuestros antepasados sufrieron mucho. Sobre todo después del asesinato del patriarca. Le mataron justo allí, a la entrada del pueblo, con el fusil del cónsul de Inglaterra...». Así es como hablaba mi abuelo cuando no quería responderme; lanzaba fragmentos de frases como si indicara un camino, des-

pués otro, luego un tercero, sin internarse, no obstante, por ninguno de ellos. Tuve que esperar años antes de descubrir la verdadera historia.

Sin embargo, yo tenía la mejor pista, puesto que conocía el nombre de Lamia. En la región lo conocíamos todos, gracias a un dicho que, por suerte, sobrevivió dos siglos para llegar hasta nosotros: «Lamia, Lamia, ¿cómo podrías esconder tu belleza?».

Por eso, aún en nuestros días, cuando los jóvenes reunidos en la plaza ven pasar a alguna mujer envuelta en un chal, siempre hay alguno que murmura: «Lamia, Lamia...». Lo que, con frecuencia, es un auténtico cumplido, pero también a veces puede ser muestra de la burla más cruel.

La mayoría de esos jóvenes no saben gran cosa de Lamia, ni del drama cuyo recuerdo ha conservado ese dicho. Se contentan con repetir lo que han oído en boca de sus padres o de sus abuelos, y a veces, como ellos, acompañan sus palabras con un gesto de la mano hacia la parte alta del pueblo, hoy deshabitada, pero donde se divisan las ruinas todavía imponentes de un castillo.

A causa de ese gesto que tantas veces han repetido delante de mí, me imaginé durante mucho tiempo a Lamia como una especie de princesa que, detrás de aquellos altos muros, hurtaba su belleza a las miradas pueblerinas. ¡Pobre Lamia! Si yo hubiera podido verla afanarse en las cocinas o corretear descalza por los vestíbulos, con un cántaro en la mano y un pañuelo en la cabeza, difícilmente habría podido confundirla con la castellana.

Tampoco fue una sirvienta. Hoy sé un poco más sobre ella, gracias, en primer lugar, a los ancianos del pueblo, hombres y mujeres, a los que interrogué sin descanso.

Esto sucedía hace veinte años, y más, y desde entonces han muerto todos, excepto uno. Su nombre es Gebrayel, era primo de mi abuelo y hoy tiene noventa y seis años. Si le nombro, no es solamente porque tuvo el privilegio de sobrevivir, sino, sobre todo, porque el testimonio de este antiguo maestro apasionado por la historia local es el más valioso de todos; verdaderamente irremplazable. Yo permanecía durante horas mirándole fijamente; tenía una nariz con grandes orificios y unos labios gruesos en una cabeza pequeña, calva y arrugada, unos rasgos que, por supuesto, la edad había acentuado. No le he visto últimamente, pero me aseguran que sigue teniendo ese tono de confianza, esa misma elocución apasionada y una memoria intacta. A través de las palabras que me dispongo a escribir, es su voz la que, con frecuencia, se deberá escuchar.

Debo a Gebrayel el haber adquirido muy pronto la íntima convicción de que Tanios, respecto al cual se tiene generalmente la tendencia de no ver más que el mito, había sido un ser de carne y hueso. Las pruebas vinieron más tarde, años más tarde, cuando, con la ayuda de la suerte, pude al fin encontrar documentos auténticos.

Hay tres que citaré con frecuencia: dos que emanan de personajes que conocieron a Tanios de cerca y un tercero más reciente. Su autor es un religioso fallecido inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, el monje Elías de Kfaryabda; éste es el nombre de mi pueblo, no creo haberlo mencionado todavía. Su obra se titula como sigue: *Crónica montañesa o la historia del pueblo de Kfaryabda de las aldeas y de las granjas que de él dependen de los monumentos que allí se levantan de las costumbres*

que se observan de las personas notables que allí han vivido y de los acontecimientos que tuvieron lugar con el permiso del Altísimo.

Un libro extraño, desigual, desconcertante. En ciertas páginas el tono es personal, la pluma se enardece y se libera; uno se deja llevar por algunas vehemencias poéticas, por algunas licencias osadas, y cree que está en presencia de un verdadero escritor. Y luego, de pronto, como si temiera haber pecado de orgullo, el monje se retrae, se eclipsa, su tono se apaga y él se rebaja para hacer penitencia en su papel de piadoso compilador, mientras acumula las imitaciones de los autores del pasado y de los notables de su tiempo, preferentemente en verso, esos versos árabes de la época de la Decadencia que resultan tan afectados por sus imágenes convencionales y sus fríos sentimientos.

De esto no me di cuenta hasta después de haber terminado la segunda lectura minuciosa de aquellas mil páginas –novecientas ochenta y siete, exactamente– desde el preámbulo hasta el tradicional verso final que dice «tú que has leído mi libro muéstrate indulgente...». Al principio, cuando tuve entre mis manos esa obra, cuya encuadernación de color verde estaba simplemente adornada con un gran rombo negro, y la abrí por primera vez, sólo me fijé en esa letra apretada, sin puntos ni comas, sin párrafos tampoco, sólo unos cabrilleos caligráficos rectangulares, encerrados en sus márgenes como un lienzo en su marco, y aquí y allá alguna palabra suelta para recordar la página anterior o anunciar la siguiente.

Yo hojeaba el monstruo con la punta de los dedos, con el rabillo del ojo, dudando si enfrascarme en una lectura

que tenía traza de ser engorrosa, cuando delante de mí se destacaron estas líneas que copié inmediatamente y más tarde traduje y puntué:

«Del cuatro de noviembre de 1840 data la enigmática desaparición de Tanios-kisk... Sin embargo, lo tenía todo, todo lo que un hombre puede esperar de la vida. Su pasado se había resuelto, el camino del porvenir se había allanado. Es imposible que abandonara el pueblo voluntariamente. Nadie duda que la roca que lleva su nombre está maldita».

Inmediatamente, las mil páginas dejaron de parecerme opacas y empecé a mirar ese manuscrito de otra manera. Como una guía, como un compañero, o quizá como una montura.

Mi viaje podía comenzar.

Primer pasaje

La tentación de Lamia

Quiera el Altísimo concederme Su perdón por las horas y los días que voy a tener que robar al tiempo bendito de la oración y de las Santas Lecturas, a fin de escribir esta historia imperfecta de la gente de mi región; mi excusa es que ninguno de los minutos que vivimos habría existido sin los milenios que le han precedido, y que ninguno de los latidos de nuestro corazón habría sido posible si no hubiera habido generaciones sucesivas de antepasados, con sus encuentros, sus promesas, sus uniones consagradas o, también, sus tentaciones.

Preámbulo de la *Crónica montañesa*,
obra del monje Elías de Kfaryabda.

Uno

En aquel tiempo, el cielo estaba tan bajo que ningún hombre osaba erguirse cuan alto era. Sin embargo, existía la vida, existían los deseos y las fiestas, y aunque nunca se esperara lo mejor en este mundo, se esperaba cada día escapar de lo peor.

El pueblo entero pertenecía entonces a un mismo señor feudal. Era el heredero de un antiguo linaje de jeques, pero cuando hoy se habla de «la época del jeque» sin otra precisión, nadie se equivoca, se trata de aquel a cuya sombra vivió Lamia.

No era, ni mucho menos, uno de los personajes más poderosos del país. Entre la planicie oriental y el mar había decenas de propiedades más extensas que la suya. Él poseía solamente Kfaryabda y algunas granjas de alrededor; debía de tener bajo su autoridad trescientas familias, no más. Por encima de él y de la gente de su misma condición estaba el emir de la montaña, y por encima del

emir, los pachás de las provincias, los de Trípoli, de Damasco, de Sidón o de Acre. Y aún más alto, mucho más alto, cerca del Cielo, estaba el sultán de Estambul. Pero la gente de mi pueblo no miraba tan alto. Para ellos, «su» jeque era ya un personaje considerable.

Cada mañana, eran numerosos los que tomaban el camino del castillo para esperar a que se despertara, apiñándose en el pasillo que llevaba a su habitación. Y cuando aparecía, le recibían con cien fórmulas de salutación, en voz alta y en voz baja, cacofonía que acompañaba cada uno de sus pasos.

La mayoría de ellos iban vestidos como él, pantalón bombacho negro, camisa blanca de rayas y un gorro color de tierra, y todo el mundo, o casi todo, lucía el mismo bigote tupido y orgullosamente retorcido hacia arriba en un rostro lampiño. ¿Y qué era lo que distinguía al jeque? Solamente ese chaleco verde manzana, adornado con hilos de oro, que llevaba en todas las estaciones como otros llevan una cibelina o un cetro. Dicho esto, incluso sin ese adorno, a ningún visitante le habría resultado difícil distinguir al señor en medio de su gente a causa de esas inclinaciones que todas las cabezas efectuaban unas después de otras para besarle la mano, ceremonial que continuaba hasta la Sala de los Pilares, hasta que se sentaba en su lugar habitual en el estrado y se llevaba a los labios la boquilla dorada del tubo de su pipa de agua.

Más tarde, al volver a sus casas ese día, esos hombres dirían a sus esposas: «Esta mañana he visto la mano del jeque». No les dirían: «He besado la mano...». Eso se hacía, desde luego, y en público, pero no se decía por pudor. Ni tampoco: «He visto al jeque». ¡Frase pretencio-

sa, como si se tratara de un encuentro entre dos personajes de igual rango! No, «He visto la mano del jeque», ésta era la expresión consagrada.

Ninguna otra mano tenía tanta importancia. La mano de Dios y la del sultán sólo prodigaban las calamidades globales; era la mano del jeque la que repartía las desgracias cotidianas, y también, a veces, migajas de felicidad.

En el habla de la gente de la región, la misma palabra, *kaff*, designaba a veces la mano y la bofetada. Cuántos señores habían hecho de ella un símbolo de poder y un instrumento de gobierno. Cuando hablaban entre ellos, lejos de los oídos de sus súbditos, un adagio se repetía en su boca: «Es necesario que un campesino tenga siempre una bofetada cerca de la cara», queriendo decir que deben vivir constantemente atemorizados y con la espalda doblada. Por otra parte, «bofetada» no era a menudo más que una expresión eufemística para decir «grilletes», «látigo», «cargas»...

Ningún señor era sancionado por haber maltratado a sus súbditos; si, en raras ocasiones, las autoridades superiores no se lo perdonaban era porque estaban decididas a perderle por otras razones muy diferentes, y buscaban el menor pretexto para aniquilarle. Hacía siglos que se vivía bajo el reinado de la arbitrariedad, y si antaño había existido alguna vez una época de equidad, nadie lo recordaba ya.

Cuando se tenía la suerte de tener un señor menos codicioso, menos cruel que los demás, uno se consideraba privilegiado y daba gracias a Dios por haber mostrado tanta buena voluntad, como si se le juzgara incapaz de hacerlo mejor.

Éste era el caso de Kfaryabda; recuerdo mi asombro, y más de una vez mi indignación, por la manera afectuosa con la que algunos campesinos evocaban a ese jeque y su reinado. Es verdad –decían– que daba su mano a besar de buen grado y que, de cuando en cuando, propinaba a uno de sus súbditos una sonora bofetada, pero jamás era una vejación gratuita; como era él quien hacía justicia en su territorio y todas las desavenencias –entre hermanos, entre vecinos, entre marido y mujer– se solventaban ante él, el jeque tenía la costumbre de escuchar a los demandantes, y después a algunos testigos, antes de proponer un arreglo; se conminaba a las partes a aceptarlo y, a continuación, a reconciliarse en el acto con los abrazos de costumbre; si alguien se ponía terco, la bofetada del señor intervenía como último argumento.

Semejante sanción era lo suficientemente excepcional como para que los campesinos no pudieran hablar de otra cosa durante semanas, esforzándose por describir el silbido de la bofetada y fantaseando sobre las marcas de los dedos, que permanecerían visibles durante tres días, y sobre los párpados del desgraciado que ya nunca dejarían de pestañear.

Los parientes del hombre abofeteado iban a visitarle. Se sentaban en círculo en la habitación, silenciosos como en un duelo. Luego, uno de ellos elevaba la voz para decir que no había que sentirse humillado. ¿Quién no había sido abofeteado por su padre?

Así era como el jeque quería que le consideraran. Cuando se dirigía a la gente de su territorio, incluso a los de más edad, decía *¡yabné!*, «¡hijo mío!», o «¡hija mía!», *¡ya binté!* Estaba convencido de que un pacto íntimo le unía a sus

súbditos; ellos le debían obediencia y respeto y él les debía su protección en todas las circunstancias. Incluso en ese comienzo del siglo XIX, esta especie de paternalismo integral estaba considerado ya como una incongruencia, una reliquia de una edad primordial de infancia e inocencia, a la que la mayoría de los lugareños se adaptaban y de la que algunos de sus descendientes tienen aún nostalgia.

Yo mismo, debo confesarlo, al descubrir algunas facetas del personaje, he sentido que disminuía mi rigor con respecto a él. Ya que si «nuestro jeque» se aferraba a cada una de sus prerrogativas, no hacía caso omiso de sus deberes como tantos otros señores. Así, todos los campesinos debían entregarle una parte de su cosecha, pero él solía decir a cambio que «mientras en el castillo quedara un pan y una aceituna, nadie pasaría hambre en este territorio». Los campesinos habían podido verificar más de una vez que no eran palabras vanas.

A los ojos de los lugareños era igualmente importante la manera en que el jeque trataba con las autoridades superiores, y ésta es la principal razón por la que han guardado de él un recuerdo tan complaciente. Los otros señores, cuando el emir o el pachá exigía de ellos algún nuevo impuesto, no se tomaban la molestia de argumentar, diciéndose que más valía exprimir a sus súbditos antes que enemistarse con los poderosos. No así «nuestro» jeque. Él vociferaba, porfiaba, enviaba súplica tras súplica, hablaba de escasez, de hielos, de langostas, deslizaba oportunos sobornos, y a veces obtenía un aplazamiento, una rebaja, y hasta una exención. Dicen que entonces los agentes del Tesoro arrebatában las sumas que faltaban a otros señores más dóciles.